

ELENA QUIROGA

# ESCRIBO TU NOMBRE

NOVELA



Elena Quiroga ha acertado a reflejar en su relato la sutil trama de la existencia de las niñas sometidas a unos procedimientos educativos que, en vez de abrirles los ojos a la vida con todas sus grandezas y miserias, con todas sus alegrías y peligros, les crea una visión sórdida y, por supuesto, falsa del mundo.

*Escribo tu nombre* supone una rigurosa y valiente acusación contra la rutina, el formalismo, los falsos respetos, la hipocresía y la tiranía espiritual de que en tiempos no muy lejanos y aún, por desdicha, hoy mismo en determinados ambientes, se hace víctima a los niños confiados a unos educadores equivocados. Esta novela de Elena Quiroga es un canto a la libertad íntima del niño encerrado en el círculo de hierro de una familia indiferente y egoísta, así como de un profesorado que no tiene para nada en cuenta la personalidad individual de cada alumno. La protagonista es Tadea, una niña inteligente y sensible que, como sus compañeras, lucha por encontrar un mundo de verdad, de libertad y de justicia, que les niega el mezquino ambiente en que se ven obligadas a vivir.

QUE no lean este libro los muchachos o muchachas –¿por qué les llamo muchachas y muchachos, con este nombre en agraz, ilusionado y tierno?– que no se han formulado jamás ninguna pregunta interna, que se hallan instalados en la vida como si la vida fuese un lugar, y duermen y no sueñan, y pasean y no andan, y desconocen la inquietud.

QUE no lean este libro los hombres –o las mujeres– que hayan sido alguna vez muchachos como los aludidos, para quienes Dios es una fórmula aprendida y no una búsqueda y un hallazgo personal.

AQUELLOS que esperen de un libro anécdotas o diversión o tintas convencionales –lo rosa, lo verde, lo blanco– dejen este libro a un lado, respeten su soledad y su en-si-misma-miento.

PERO ¡ah!..., todos vosotros y vosotras: juventud-Tadea, muchachos y muchachas-Tadea, que pudisteis serlo –ahora adultos– o que lo sois, o que estáis en trance de serlo, o que lo seréis para siempre,

TODOS VOSOTROS que os habéis convertido en una viva y ardiente pregunta, que volvéis la vista al cielo y a los árboles y a las criaturas del mundo nuestro y del universo mundo (y todas son imágenes vuestras en cuanto se relacionan con vosotros u os prolongan),

TODOS VOSOTROS, mis amigos, los jóvenes universitarios inquietos y limpios, creadores de vuestro propio mundo y coautores del que viviréis mañana:

TOMAD estas palabras, entrad en este libro que es simplemente la enunciación de vuestra pregunta y mi pre-

gunta, vuestra inquietud y mi inquietud, vuestra ansia y mi ansia, vuestro rigor y mi rigor, vuestra tristeza y mi tristeza.

Y, a través de este mundo creado, tan nuestro como el propio, nuestra insaciada pasión por la primera y última dignidad del hombre. Os estoy hablando de libertad.

Escribo tu nombre

Elena Quiroga

*A mi marido*

Sobre mis cuadernos de escolar  
sobre mi pupitre y los árboles  
sobre la arena sobre la nieve  
escribo tu nombre

Sobre todas las páginas leídas  
sobre todas las páginas en blanco  
piedra sangre papel o ceniza  
escribo tu nombre

Sobre las imágenes doradas  
sobre las armas de los guerreros  
sobre la corona de los reyes  
escribo tu nombre

Sobre la jungla y el desierto  
sobre los nidos sobre las retamas  
sobre el eco de mi infancia  
escribo tu nombre



Sobre el vitral de las sorpresas  
sobre los labios atentos  
muy por encima del silencio  
escribo tu nombre

*Libertad*, PAUL ÉLUARD

Escribo tu nombre

Elena Quiroga

## I

*Algún día escribí «libertad». Mucho más tarde. No aquel invierno primero del colegio, ni el siguiente. Escribíamos en los cristales, sobre el cuajado del frío o el vaho de la lluvia, o nuestro aliento. Echábamos el aliento y escribíamos encima con el índice, abriendo aquel camino sinuoso y fuerte que formaban las letras. Escribíamos también en los bordes de las hojas de los libros de texto, durante el estudio, pero sobre todo durante la clase, mientras la monja explicaba la lección garabateábamos ya sin necesidad de mirar, acertando a tientas, como acertábamos a respirar.*

*–Tomen ustedes el bloc. Apunten.*

*Había tiempo para apuntar los deberes del día siguiente, y tiempo para saltar las hojas y buscar las finales, en donde, cerca de la matriz o ál borde mismo, sin apoyar mucho el lápiz, siempre en suspenso, nuestra mano trazaba rayas, círculos, letras.*

*Tendría trece años cuando escribí «libertad», quizá después de una lección de historia, o de un encierro en la sala de máquinas, o de toparme contra el muro del monte en el colegio, no recuerdo si tras haber porfiado por una verdad mía o, simplemente, como continuación de mi mano, lo mismo que había escrito antes y seguía escribiendo en los bordes de las hojas, en las guardas de los libros, en las páginas saltadas de los blocs: «Tadea Vázquez. Tadea... Tadea Vázquez».*

*Eran un mundo particular mis libros con mi nombre dentro, como si al abrirlos se me abriera una entrada, o me esperase algo. Sin embargo, en lo alto de la primera hoja, la mano de Madre Vicaria con letra fina, igual, redondilla,*



había marcado: «Número 40». Un número que encontré en todo a mi llegada al colegio, que no sé quién había cosido en rojo en mi ropa más íntima. Un número por el cual se nos llamaba en las camaretas, al baño, durante el recreo de los domingos si te reclamaban del recibidor, durante el estudio para ir al cuarto de la Prefecta. Cuatro timbrazos cortos, pausa, un timbre sostenido... Me ponía de pie. Costó muy poco aprenderlo, como si todo me fuera impuesto desde fuera, como si fuera yo y no fuera yo la vestida de negro con la banda morada y la cinta blanca de seda al cuello. (Las mayores la llevaban ancha azul, con la medalla de la Virgen, o estrechas, las aspirantes).

Después de misa, nos poníamos unos blusones largos, negros, abrochados atrás, que dejábamos en los percheros por la noche, antes de entrar en las camaretas.

En el perchero había un letrerito blanco: 40. A la puerta de mi camareta –tenía una rejilla a media altura, con los barrotes en una sola dirección e inclinados, de forma que sólo quien pegase su cara allí pudiera ver lo que ocurría dentro–, un letrerito alargado, una tarjeta de visita con un cristalito encima y, en tinta china, en números muy claros: 40.

Llamábamos madres a las monjas de velo negro, hermanas a las legas de velo blanco. No se les daba el mismo trato. Madres eran como nuestra familia, Hermanas como nuestras criadas. Ni siquiera nos callábamos en presencia de las Hermanas; yo subía de dos en dos las escaleras, cuando iba al baño, acompañada hasta la puerta por la Hermana Aralar.

–Hermana, ¿usted de dónde es?

Seguía subiendo como si no me hubiese oído. Le tiraba de la manga. Se sacudía:

–No se toca a una esposa del Señor.

Se lo preguntaba siempre, no sé por qué.

–¿De dónde es?

Apretaba los labios.

–... las Hermanas lo pueden decir, y usted es navarra. Lo ha dicho Teresa Alzola. Es navarra.

No le veía la cara, inclinada hacia delante.

–¿Por qué no me lo quiere decir?

–Estaré en el pasillo mientras se baña.

Al principio charlaba más conmigo. Al principio me había dicho:

–Ya no me acuerdo.

Y también:

–Cuando entramos en religión, ya... dejamos de ser de ningún lado.

Se reía, como divertida, o como si fuera muy importante, eso de dejar de ser.

–Pero, ¿por qué no lo dice? ¿Es pecado?

Quizá no se acordara, de verdad. Quizás el mundo de la Hermana Aralar, o el sitio, empezase en la puerta de Huertas, 2, y se rematara en el muro del monte, de aquella palabra «monte» que me había dado curiosidad y ansia, y resultó un descampado en pendiente alta, dividido en jardín, explanada y campo de baloncesto.

Arrancaba del segundo piso del colegio, al final del pasillo de los percheros, traspasada la puerta, un puente de cinc sobre el jardín de las monjas, abajo, pegado a la fachada trasera del convento (clausura era aquella ala de atrás). Al final del puente, la calzada de cemento, aún cubierta por la marquesina, discurría torciendo a la derecha y desembocaba en una casa pequeñísima, la ermita. La vi abierta una sola vez, mientras pasábamos en fila hacia la explanada: oscuridad una escalera de caracol hacia abajo, a la izquierda, y en la oscuridad un enorme crucifijo. Me dio frío verlo. (Por aquella escalerilla se llevaban a las monjas muertas). Me lo habían dicho ya, como se decía todo, como se sabía todo, casi sin hablarnos.

En el jardín había una fuente con rocas, una cueva artificial con la blanca imagen de Lourdes; en la explanada de tierra y barro hacíamos gimnasia; en el campo de balon-

cesto, limitado por el muro, se jugaba. El suelo era de arena espesa, con rayas anchas de cal. El juego era organizado, en equipos. Había que jugar sin pararse. Madre Monleón o Madre Vergara nos vigilaban, pero cuando hacía mal tiempo Madre Vergara no salía al monte.

Madre Monleón era menuda y recia. No estaba nunca distraída, ni siquiera mientras le hablaban Begoña Munda-ca o Luz.

–También Begoña está hablando.

–Son mayores.

No sé cómo Luz podía sonreír a Madre Monleón, que no le respondía. Debía de ser como cerrarle a uno la puerta en las narices. Pero Luz no parecía enterarse, y sonreía, ladeando la cabeza, mirando a Madre Monleón.

–Ahora que está ocupada...

Madre Monleón no estaba nunca ocupada y lo estaba siempre, no descansaba jamás de su ocupación que éramos nosotras. Se daba cuenta durante el estudio si habías escrito el deber u otra cosa, cualquier cosa. No sabíamos en qué lo adivinaba: eran el mismo lápiz, o la misma pluma, el mismo cuaderno o el mismo bloc, y, sin embargo, Madre Monleón daba unos golpes continuos, vivaces, con el puño cerrado sobre la madera de su pupitre para llamar-te la atención. Las demás te avisaban. Tenías que acercarte y entregar lo que estabas haciendo. O, si estabas abstraída en tus rayas, tus círculos, tu nombre, bajaba sin ruido y se colocaba a tu lado, tan fija, que aun sin sentirla te faltaba el aire. No tocaba el cuaderno –con aquel gesto despectivo de los labios–, no ponía las manos encima de nada tuyo. Esperaba. Parecía todo mucho peor, malo, desleal, sucio, porque ella te miraba con aquel enorme desdén.

Recién llegada al colegio, antes que «libertad», antes que «Tadea», escribí en minúsculas: «mamá». A escape al principio, después interminablemente. Dejé de hacerlo; es más: taché aquel nombre encarnizadamente.

–¿Qué había escrito usted ahí?

*Hablaba en voz baja, no levantaba la voz, no se acaloraba.*

*–¿Qué había debajo?*

*Estaba de pie a mi lado, mirando al trasluz los borrones negros en mis libros.*

*–Tengo que saber qué había escrito.*

*¿Podría librarme? ¿Resistiría hasta el final? Sentía a las demás tensas, pendientes de nosotras.*

*–Quédese durante el recreo.*

*No lo dije. Jamás. Ni a la Madre Prefecta que me llamó a su cuarto y que me habló de otras cosas, pero no de aquello. Únicamente, cuando me marchaba, se volvió desde su escritorio hacia mí, que me dirigía a la puerta:*

*–Ya sabe...*

*Sonreía.*

*–Tiene usted cero en orden.*

*La palabra «orden» entró en mi vida de una manera incesante referida a las cosas; poco a poco implicó a la conciencia. (Ascendimos de las cosas a nosotras mismas, a los demás y a Dios).*

*También yo era un número, apenas me llamaban por mi nombre. Llegó un momento en que oír «Tadea» me hacía estremecer, como si me cogieran el corazón con la mano. Dormía en una camareta en cuya puerta había aquel espacio con listones, por donde, acercándose, podían mirar a cualquier hora, vigilarme hasta el sueño. ¿Pero existía algo relacionado con la palabra sueño?*

*A los pocos días de tener conciencia de aquella puerta blanca tapé la mirilla desde dentro con la toalla. No oí los pasos, tan cautelosos, con sus zapatillas de fieltro... Apenas el ruidito de la llave en la cerradura. Quieta, tendida en la cama, fingí no ver. Madre Prefecta (pero su hora había pasado, ¿por qué había vuelto? ¿Quién había avisado a Madre Prefecta? ¿Qué hacía allí Madre Prefecta?) entorna la puerta, desprende la toalla, susurra:*

*–No tape usted la puerta.*

*Contesto por instinto:*

*–No, Madre.*

*Madre Prefecta se inclina sobre mi cama, echando el velo negro hacia atrás. Me hace tanto daño el corazón...*

*¿Lo oye?*

*Dice:*

*–Ahora va usted a dormir.*

*Me pone sobre los labios su crucifijo frío, frío. «Para librarnos de la noche eterna». Todo ha sido fugaz; se ha llevado la Cruz, el beso, la compañía. Sólo el clic de la llave, apenas perceptible, cerrando mi camareta de nuevo. La toalla plegada por sus dobleces sobre el brazo de madeja del lavabo se ve desde mi cama. Queda siempre encendida una luz al principio del pasillo central de las camaretas. No se oyen pasos. No se oyen ruidos. Digo:*

*–Sí, Madre.*

*Y no sé a qué lo digo (¿acepto la mirilla?), no sé a quién. Lo digo. Me ha quedado una breve alegría, una paz.*

## II

—Saquen, al empezar el estudio, cuanto necesiten. Pónganlo ordenado sobre la tapa del pupitre. No hagan ruidos que distraigan a las demás.

La Madre Prefecta, a principio de curso, daba las consignas de pie, al final de las escalerillas que llevaban a la tribuna de la Madre Monleón. Madre Monleón le ofrecía su sitio, pero la Prefecta decía que no, agitando su mano, con aquel aire de estar por encima de la Madre Monleón. Podía hablarnos en pie, allí, a nuestro nivel, pero nos dominaba por su altura, por su anchura, con su sonrisa intencionada.

—¿Ustedes se imaginan qué mitin si se ponen las sesenta niñas a la vez a levantar y a bajar las tapas de los pupitres?

Nos hacía reír y sonreía ella misma.

—Al entrar, tres minutos para sacar y ordenar las cosas.

Luz rezaba. Sostenía la medalla de congregante entre sus pulgares, mientras rezaba. Madre Monleón estaba también de pie, pequeña y estirada, en lo alto de los peldaños, bajos los ojos mientras hablaba la Prefecta. No se reía, o si se reía no lo sabíamos porque no nos dábamos entonces cuenta de ella.

Al marcharse la Madre Prefecta, Luz se adelantaba para acompañarla. Me asombraba que pudiera hacerlo. Pero a veces, Madre Prefecta decía:

—Margarita Altube.

y Margarita se ponía colorada porque todas la mirábamos, alta también y maciza, con el pelo moreno pegado a la cabeza como el casco de un gladiador. Daba el paso muy largo al andar, tenía la boca hendida, sumidos los ojos grises

*claros en las profundas cuencas, pronunciados los pómulos y el mentón.*

*Yo hubiese preferido que fuese Luz. La tenía justo delante de mí, un poco hacia la derecha. Veía terciada la mejilla redonda y plena, la aleta izquierda de la nariz, carnosa, la boca flexible. Cuando se reía arrugaba mucho los ojos, casi sin enseñar los dientes, una risa sin explicación, igual que la risa de las monjas; en cambio, su sonrisa era ligera, fugaz, brillante, casi una expresión encendida, como unas escamas de luz, que le resbalaban por la cara. La sonrisa parecía responder a algo de ella, a una disposición íntima de ella. La tenía delante de mí, aunque era de las mayores –Luz Quintana, Margarita Altube, Begoña Mundaca–, pero en el estudio no estábamos por cursos sino salteadas, y en las filas primeras las internas. Por las mañanas, cuando levantaba la cabeza, veía su melena rubia y corta, ondeada hacia atrás, libres las sienes, como en las estatuas griegas victoriosas. Se volvía a veces hacia el ventanal esmerilado, apoyando el mango de la pluma en su barbilla puntiaguda, pensativa, con la mirada vacía; los ojos castaños, salpicados de puntitos dorados, alguna vez tropezaban con los míos y sonreía apenas, fugazmente. (Aún creo ver al sol, atravesando el cristal cerrado del estudio, descomponerse en miles de partículas irisadas sobre la cabeza inclinada de Luz. Parecía que había ido a buscarla a ella, que la cubría, que la unguía de oro. Luz estaba inmóvil, inclinada hacia el pupitre, debajo del sol, no pareció darse cuenta, o quizá le gustó el sol allí, cálido, deslumbrante, y su contacto).*

*Paz Echandonea nos dijo:*

*–Se lo cuenta todo a la Madre Prefecta.*

*Las tres mayores dirigían las oraciones en la capilla, o al empezar el estudio, y tocaban la campana para avisar el final de las clases. Luz la agitaba con claridad, Margarita a golpes secos, como si fuera a descoyuntarse el brazo; Begoña no debía de tener fuerzas y el badajo tintineaba confuso por las paredes de la campana.*